

la quinta, llena de sol. Pero aún, puesta junto a la otra, en la cunita común, parecía más pequeña.

—Ya verás—añadía Carlota—dentro de algunos meses parecerán gemelas y no sabremos distinguir la una de la otra.

D. Camilo Righi sabía de la indignación que había causado en Roma, entre su familia y entre sus relaciones, la escandalosa noticia de que había dado a criar su hija a su propia amante. —Pero, quisiera que vinieran aquí todos a ver juntas a las dos pequeñas y el amor y los cuidados que les prodigaba esta madre.

—¡Imbéciles!

Hilito de aire

Rebrillar de ojos, de cabellos rubios, de brancitos y piernecitas desnudas, impetu de risas que, ahogadas en la garganta, soltábanse en gritos breves, agudos—aquella fierecilla de Tití entró, pricipitándose hacia el balcón, para abrir la vidriera.

No llegó más que a abrir el picaporte: un gruñido áspero, ronco, como de fiera sorprendida en su cubil, la detuvo, de pronto, la hizo volverse, aterrada, a mirar la habitación.

Obscuridad.

Las hojas del balcón habían quedado entreabiertas.

Deslumbrada aún por la luz de donde venía, no vió; sintió espantosamente, en la penumbra, la presencia del abuelo, en el sillón: impedimenta inmensa hundida entre almohadones, entre chales grises, a cuadros, entre mantas, ásperas y peludas; vaho horrendo de vejez, tumefacta y deshecha, en la inercia de la parálisis.

Mas no era su presencia lo que la aterraba. La aterraba el hecho de haber podido olvidar, por un momento, que allí, en la penumbra de los balcones, siempre entornados, estuviese el abuelo; que, sin querer, hubiese podido infringir la orden severísima de sus padres—de largo tiempo impuesta y respetada por todos—, de no entrar en aquella habitación sin haber llamado antes a la puerta y pedir permiso (¿cómo se dice?)—«¿Me permites, abuelito?»— eso es, así; y después, despacito, despacito, de puntillas, sin el menor ruido.

Aquel ímpetu de risa, del momento de entrar, desvaneciéndose en el acto, en una congoja, próxima a estallar en sollozos. Agazapada, agazapada, entonces, temblando, de puntillas, la niña, sin suponer que el viejo, habituado a la espesa penumbra, pudiese verla, se dirigió hacia la puerta. Hallábase ya próxima al umbral, cuando el abuelo la llamó con un «¡Aquí!», imperioso y duro.

Se aproximó la niña, aún de puntillas, suspensa, asustada, conteniendo la respiración. Comenzaba también a distinguir en la sombra. Entrevió los ojos agudos, crueles, del abuelo, y enseguida bajó los suyos.

En aquellos ojos, en las bolsas hinchadas y acuosas de los párpados—de un rojizo desvanecido que hacía pensar con repugnancia en el viscoso contacto de la tarántula—, parecía haberse acogido, vigilante en un asiduo terror, y en una inten-

sidad de hastío, feroz y mudo, el alma del anciano arrojada del resto del cuerpo, invadido ya e inmovilizado por la muerte.

Solamente, y apenas, podía aún tratar de mover una mano, la izquierda, tras haberla mirado intensamente, cual si quisiera infundirle movimiento con la vista. El esfuerzo de voluntad, al llegar a la muñeca, lograba difícilmente levantarla un poco de las mantas; mas solo duraba un segundo: la mano volvía a caer inerte.

El anciano se obstinaba insistentemente en aquel ejercicio de voluntad, porque el leve impulso momentáneo, que aún podía arrancar a su cuerpo, era para él la vida, toda la vida, en la que los otros se movían libremente, de la que participaban por entero, de la que aún podía participar también él, pero hasta allí, hasta allí y nada más.

—¿A qué venfas... al balcón?—balbuceó con estropajosa lengua a su nietecita. Ésta no respondió. Seguía estremecida. Mas, en aquel estremecimiento, el viejo advirtió enseguida algo nuevo. Advirtió que no era el habitual estremecimiento de la niña, cuando sus padres la obligaban a aproximarse a él. No. Había en él miedo, mas había también otra cosa más íntima, sofocada por la llamada suya, áspera e imprevista; otra cosa que convirtió en temblor extraño el ligero estremecimiento de la sorpresa.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

La criaturita, osando apenas alzar los ojos, respondió:

—Nada...

Pero hasta en la voz, hasta en la respiración de la nieta, el viejo advertía ya, algo insólito. Y añadió con despecho creciente:

—¿Qué tienes?

La niña prorrumpió en sollozos. Luego se tiró al suelo, convulsa, gritando y debatiéndose en aquellos sollozos, que irritaron tanto más al viejo, cuanto le parecieron extraordinarios.

Acudió la nuera, gritando:

—¡Oh, Dios mío! Tití ¿qué ha sido? ¿Cómo aquí? ¿Qué te pasa? Vamos... vamos ¡quietecita! Vamos con mamá, vamos... ¿Por qué has entrado aquí?... ¿Qué dices? ¿Malo? ¿Quién? ¡ah!... ¿Malo, el abuelo? Tú, mala, tú... El abuelo que tanto te quiere... Pero ¿qué ha sido?

El anciano, a quien iba dirigida la pregunta última, acechó feroz la boca roja y sonriente de la nuera, luego el lindo mechón de cabellos rubios, dorados, que la pequeña le enmarañaba en la frente con la mano, debatiéndose ahora entre sus brazos y tratando de obligarla a salir pronto de la habitación.

—¡Tití, ay, mi pelo!... ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Me lo estás arrancando... me estás arrancando todos los cabellos, mala! ¿Has visto? Mira... todo el pelo entre tus manitas... el pelo de tu mamá... mira... mira... mala...—Y, de entre los dedos de

la manita, abierta, fué sacando uno, luego otro, después otro hilo de oro, repitiendo:

—Mira... mira... mira...

La niña, impresionada de improviso como si realmente hubiese arrancado todo el cabello de mamá, volvióse a mirarse la manita, con los ojos llenos de lágrimas. Pero al no ver nada y al oír, en cambio, una carcajada, larga y alegre, de su madre, arreció en sus gritos, aún más, y la obligó a dejar la estancia.

El anciano jadeaba fuerte. Una pregunta le burbujeaba dentro, irritando su despecho de punto en punto:

—Pero, ¿qué es eso, qué es eso?

También en la voz, también en los ojos, también en la carcajada de la nuera, en el gesto con que, de entre los deditos de la niña había ido sacando los cabellos arrancados—primero uno, después el otro y después el otro—, había advertido algo extraño, algo extraordinario.

No; no estaban ni la niña ni su nuera como los demás días. ¿Qué tendrían? Y la ira subió de punto cuando, al bajar los ojos hacia la manta, extendida sobre sus rodillas, descubrió uno de los cabellos de su nuera, que, tal vez, llevado en el aire de aquella carcajada, había ido leve, leve, a posarse allí, sobre sus piernas muertas.

Obstinóse entonces, indefinidamente, en levantar la mano de las piernas para ir la aproximando poco a poco, a pequeños rebotes, hasta aquel

cabello que le era odioso como una irrisión. Y afanado en aquel esfuerzo—que prorrogado en vano durante media hora le había extenuado—lo halló su hijo, que por las mañanas, antes de salir a sus quehaceres, entraba en la habitación para saludarle.

—¡Buenos días, papá!

El anciano levantó el rostro. Una mirada, opaca y turbia, de temeroso estupor, le dilataba los ojos. ¿También el hijo? ¡Cómo! ¡El hijo también!

Éste creyó que su padre le miraba así para darle a entender su disgusto por la desobediencia de la nietecita, y se apresuró a decirle:

—¡Qué diablillo!, ¿verdad? Te ha molestado. ¿Oyes? Está llorando aún allí... La he reñido, ¿eh?, ya la he reñido... Adiós, papá. Tengo prisa. Hasta después, ¿eh? Ahora vendrá Nerina.

Y se fué.

El viejo le siguió con los ojos, aún llenos de asombro y miedo, hasta la puerta.

¡También él, el hijo! No le había dicho nunca con aquel tono:—«¡Buenos días, papá!»—¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¿Se habrían confabulado todos contra él? ¿Qué había ocurrido? La niña había entrado primero, sobresaltada... luego la madre, con aquellas risas... luego los cabellos arrancados...—y, allí, uno a uno sobre sus pier-nas...—ahora el hijo, el hijo también con aquel alegre:—«¡Buenos días, papá!»

Algo debía haber ocurrido, o iba a ocurrir aquel día, que intentaban ocultarle. Pero ¿qué?, ¿qué?

El hijo, la nuera y la nietecita, se habían apropiado el mundo; el mundo que había creado él, y en el que los había colocado. Y no era eso solo: habíanse apoderado también del tiempo, como si en el tiempo no estuviese él asimismo! Esto es: ocurría, ocurría algo en el tiempo, o estaba por ocurrir, hoy, mañana, y no querían que fuese para él, como si él no existiera, como si el presente no fuera suyo, no lo viese, no lo respirase, no lo pensase él también! ¡El respiraba aún, lo veía todo y aún más, más que ellos, más que ellos veía, y pensaba en todo!

Una confusión de imágenes, de recuerdos, como en una ráfaga de huracán, tumultuaba en su espíritu. El Plata, las pampas, las marismas salobres de aguas perdidas, los innumerables ganados mujiendo, balando, relinchando...

Allí, de la nada, en cuarenta y cinco años, había edificado su fortuna, valiéndose de todos los medios, de todas las artes, acechando el momento o preparando, incubando con larga astucia la insidia; en un principio, guardián de ganado; luego colono, después agregado en las grandes adjudicaciones de líneas férreas; por último, constructor.

A los quince años, volvió a Italia y se casó, y a poco, tras el nacimiento de aquel hijo único,

había vuelto allí, solo. Murió su esposa, sin que él volviese a verla; el hijo, entregado a la familia de la madre, había crecido sin que él lo conociera.

Cuatro años antes había vuelto a la patria, enfermo, casi moribundo; horriblemente hinchado por la hidropesía, oxidadas las arterias, destrozado el riñón, destrozado el corazón.

Mas no se había dado por vencido: aun así, con los días, y aun puede que, con las horas contadas, había querido comprar en Roma algunos terrenos para construcciones. Y, acto seguido, había comenzado las obras haciéndose transportar a las canteras a brazos, para vivir entre los obreros en la actividad de la construcción; árido como una roca, tumefacto, enorme; de quince en quince días, hacíase extraer del vientre el suero a litros y, arriba, de nuevo, en una silla, a las obras, hasta que, hacía dos años, una apoplejía lo había fulminado en aquel sillón, sin acabarlo. No se le había concedido el placer de morir en la brecha.

Desde hacía dos años, inerte, se consumía en espera del fin, lleno de rencor hacia aquel hijo, tan distinto de él, casi desconocido, que, sin necesidad, liquidadas las obras e invertida en renta la enorme fortuna del padre, seguía en sus modestas ocupaciones jurídicas, como para negarle a él toda satisfacción y vengar a la madre y vengarse él mismo del largo abandono.

Ni la menor comunión de ideas, de vida, de

sentimientos con aquel hijo. Le odiaba, sí, y odiaba también a la nuera y a la niña; sí, sí, los odiaba porque le dejaban al margen de la vida y ni siquiera... ni siquiera querían comunicarle qué es lo que había ocurrido aquel día, el motivo de que aparecieran tan distintos.

Gruesos lagrimones brotaron de sus ojos. Olvidando, en absoluto, cuanto había sido durante tantos años, abandonóse al llanto como un niño.

* * *

Nerina, la doncella, no prestó atención alguna a aquel llanto cuando, poco después, entró a cuidarle. Estaba el viejo lleno de agua; no era malo que derramara alguna por los ojos.—Y, pensando así, le enjugó de mal grado el rostro; cogió, luego, el jarro de la leche, introdujo en él un cubilete y comenzó a dársela.

—Tome, tome...

Él empezó a tomarla, mas observando a la doncella. De pronto, la sintió suspirar, mas no de cansancio, ni de aburrimiento. Levantó enseguida los ojos para mirarla al rostro. Eso mismo; iba a suspirar de nuevo aquella dengosa. Al notar que la observaban, en lugar de dejarlo escapar, lo exhalaba ahora por las narices, sacudiendo la cabeza, como irritada. ¿Y por qué se había puesto ahora roja, roja? ¿Qué tenía también ella aquel día.

A todos, a todos entonces, les ocurría algo extraño. No quiso tomar más.

—¿Qué tienes?—le preguntó a ella también, con ira.

—¿Yo? ¿Qué tengo?—exclamó la doncella desconcertada por la pregunta.

—Tú... todos... ¿qué es? ¿qué tenéis?

—Nada... no sé... ¿qué me nota usted?... No tengo nada...

—¡Suspirabas!

—¿Yo? ¿He suspirado?... No, no... O puede que, sin querer... No tengo motivos para suspirar...

Y comenzó a reirse.

—¿Por qué te ríes así?

—¿Cómo me río? Me río... porque me ha dicho que he suspirado...

Y prosiguió riendo más fuerte, irrefrenablemente.

—¡Vete!—le gritó entonces el viejo.

* * *

Más tarde, cuando llegó el médico para la diaria visita y volvieron a entrar en la habitación la nuera, el hijo y la nieta, la sospecha, incubada durante todo el día, hasta durante el sueño, de que algo había ocurrido y que todos se lo querían ocultar, se hizo certidumbre, para él, clara y diáfana.

Se hallaban todos de acuerdo. Hablaban de-

lante de él, de cosas ajenas para distraer su atención; mas el mutuo acuerdo trasparentebábase evidentemente en sus miradas. ¡Jamás se habían mirado así entre ellos! Los gestos, las sonrisas, la voz, no se avenían con nada de lo que estaban diciendo. Aquella ferviente discusión sobre las pelucas, por ejemplo... sobre las pelucas, que volvían a estar de moda...

—Pero, ¿verdes? Perdona... ¿verdes, violetas?—gritaba la nuera, encendida con indignación fingida, tan fingida, que no llegaba a impedir que su boca se riese.

Aquella boca reía por su cuenta. Y por su cuenta, también, las manos subían hasta acariciar los cabellos, como si, a su vez, los cabellos anhelaran las caricias de aquellas manos.

—Entendido, entendido...—respondía el médico con el contento pintado en el rostro de luna llena—. Cuando se poseen unos cabellos como los suyos, señora, ocultarlos bajo una peluca sería una lástima...

El viejo contenía ya difícilmente su indignación. Hubiera querido arrojarlos a todos de la habitación con un alarido de fiera. Mas en cuanto el médico se despidió, y la nuera, con la niña cogida de la mano se dirigió a acompañarlo hasta la puerta, dejó estallar su furor en el hijo, que se había quedado solo con él. Lo acometió con la misma pregunta, dirigida en vano a la nietecilla y a la doncella:

—¿Qué tenéis? ¿Por qué estáis todos así? ¿Qué ha ocurrido hoy? ¿Qué me ocultais?

—¡Nada, papá! ¿Qué te íbamos a ocultar?—le respondió el hijo asombrado, afligido.

—No es cierto. ¡Dime lo que tenéis!

—Pero... nada, absolutamente nada... ¿Qué tenemos? ¿Qué ves? No ha ocurrido nada, papá, ¡te lo juro!, nada... Estamos... no sé... como hemos estado siempre...

—¡No es verdad!

—¿Por qué no es verdad? Pues, ¿qué ocurre?

—Ocurre, ocurre; ¡lo veo!, ¡lo siento! ¿Crees que no veo nada, que no oigo nada, porque estoy así?

—Pero yo no puedo saber qué es lo que ves de extraño en nosotros... No ha ocurrido nada; te lo he jurado; ahora vuelvo a jurártelo. Vamos, vamos, estate tranquilo...

El anciano calmóse un tanto por el acento de sinceridad del hijo, mas no llegó a convencerse. Que ocurría algo de extraordinario, era indudable: lo veía, lo sentía en ellos.

¿El qué?

La respuesta, cuando quedóse solo en la estancia, le llegó de improviso por el balcón silenciosamente. La niña había dejado el picaporte abierto por la mañana, y ahora, al anochecer, habíanse ido entreabriendo las hojas poco a poco por un hilito de aire.

En un principio el anciano no lo advirtió; mas

notó que la habitación se llenaba de un delicioso y embriagador perfume que subía de los jardines que rodeaban la casa. Volvióse y descubrió un rayo de luna en el suelo, que era como la huella luminosa de aquellos perfumes en la sombría penumbra de la estancia.

—¡Ah, esto es...! ¡esto es!

Los demás no podrían verlo, no podrían sentirlo en sí, porque aún estaban dentro de la vida. Él, que se hallaba ya casi fuera de ella, lo había visto, lo había sentido en ellos. Por eso aquella mañana la niña no se estremecía solamente, sino que temblaba toda ella; por eso la nuera reía y se complacía con sus cabellos; por eso suspiraba la doncellita; por eso todos tenían aquel aire extraño y nuevo, sin saberlo...

Había entrado la primavera.